

“Nadie te oirá gritar”

Una noche más Elena se dirigía sola hacia su casa. Siempre hacía el mismo ritual: se colocaba los cascos sin música, para poder escuchar si alguien venía detrás de ella; miraba al frente, con cara segura y seria, para que nadie le dijera nada; si oía que le silbaban empezaba a andar más rápido; hablaba por WhatsApp con sus amigas para que supieran donde estaba y, al mismo tiempo, para ella sentirse un poco más segura.

Pero aquella noche a Elena todas estas cosas no le sirvieron de nada. Tuvo que irse por otro camino, ya que la calle que solía coger estaba en obras y no podía pasar por ahí. Le daba miedo andar sola por la noche, pero no quería que sus amigos se dieran cuenta de su temor porque se burlarían de ella y, tampoco, quería llamar a su madre porque sino la tendría más controlada.

Se fue por una calle oscura, donde no había nadie. No escuchaba nada, asique por una parte estaba tranquila. De repente, vio a un grupo de hombres y se cambió de acera. Los hombres se fijaron en ella y rápidamente la llamaron:

- ¡Eh tú, guapa! ¿Quieres que te acompañemos? – dijo uno de ellos con una botella de cerveza en la mano.

Elena no respondió, siguió su camino más rápido con la esperanza de llegar a casa cuanto antes, pero los hombres la siguieron. Elena empezó a correr, pero ya era demasiado tarde, uno la cogió del brazo y la tiró al suelo, otro le tapo la boca para que no gritara y, mientras, el último hombre le levanto la falda.

No pudo hacer nada. Llegó un momento en el que dejó de sentir, no pensaba, no les miraba. Cuando los tres acabaron la dejaron ahí, en el suelo frío y sucio como se sentía ella ahora mismo. Le costó levantarse, ni siquiera podía llorar. Tenía la mirada pérdida y no sabía ni como volver a casa. Comenzó a recordar lo que había pasado y empezó a llorar desesperadamente. Se arañaba la cara, el cuerpo, quería morirse y deseaba que aquellos hombres también.

Elena llegó a casa. Su madre estaba en el salón, como todas las noches, y cuando la vio entrar le cambió la cara, corrió hacia ella, la abrazó y le preguntó que le había pasado. Elena no respondía. Su madre estaba muy asustada y la sentó en el sofá, la miró a los ojos y le dijo:

- Elena, ¿qué te han hecho? – preguntó con miedo.

Elena la miró fijamente y rompió a llorar, entre lágrimas le dijo:

- Lo siento mamá.

Su madre la abrazó más fuerte, la intentó tranquilizar y le insistió en que se lo contara. Cuando Elena tuvo las fuerzas suficientes se lo dijo. Entonces, su madre empezó a llorar con ella, la trajo hacía su pecho y le intentó dar las fuerzas que ninguna de las dos tenía.

Esa misma noche la llevaron al hospital para hacerle unas pruebas. Elena no tenía fuerzas para esto, solo quería encerrarse en su cuarto.

Salieron del hospital en la madrugada, todo estaba bien, pero aún era demasiado pronto para saber si estaba embarazada o no.

Cuando llegaron a casa Elena se metió en la ducha, se frotó con la esponja tanto que hasta se llegó a hacer sangre, pero se sentía sucia, todavía sentía las manos de aquellos hombres en su cuerpo. Salió de la ducha y su madre la esperaba con una tila, no sabía que decirle solo podía abrazarla y compartir su dolor. La madre de Elena se fue a dormir, le dio un beso a su hija, le acarició la cara y le dijo:

- Todo saldrá bien.

Pero Elena no escuchaba, no quería cerrar los ojos porque veía la cara de esos tres monstruos, no quería apagar la luz porque recordaba toda la escena. Esa noche no durmió y las siguientes fueron igual.

Tras varias semanas Elena se fue recuperando, aunque solo físicamente porque psicológicamente seguía destrozada. El psicólogo no le ayudaba, le decía cosas que ya sabía porque su dolor no lo podía entender nadie.

Le costó varios meses poder salir sola de casa. Salía con su madre o con sus amigos y nunca volvía de noche. Pero un día, Elena tuvo la fuerza para salir sin nadie, tenía que ir al médico y sus padres no podían acompañarla porque estaban trabajando. Así que decidió que ya era hora.

Elena salió de su casa. Tenía la mirada perdida, sin mirar a nadie más.

Cuando llegó a la parada del bus vio en el bar de enfrente una cara que le sonaba, le daba asco, miedo, rabia. Abrió los ojos como platos y empezó a respirar más fuerte y más rápido. Se dio cuenta de quién era, uno de los hombres que la violó. Estaba en el bar, tan tranquilo, con una cerveza y riéndose de la vida, esa vida que le había robado a Elena.

Ella denunció la violación con su madre cuando pasaron unos días. Pero la policía vio el caso como otros muchos y lo dejó en el olvido al cabo de tantos meses y tan pocas pruebas.

Elena se quedó mirando a ese hombre con más rabia que miedo. El hombre de repente cruzó una mirada con ella, vio que le estaba mirando fijamente y levantó la cerveza en señal de brindis. Él no se acordaba de quien era, para él solo era una chica más de tantas que se había encontrado solas en aquella calle, para él esa noche no marcó su vida. A Elena se le llenaron los ojos de lágrimas, de furia, de asco y se tocó la tripa desesperadamente mientras llegaba el bus.